

La belleza de crear

Por Eduardo Armstrong

La belleza atrae, nos parece una fuerza casi magnética que nubla la razón y nos dispone a la admiración, la cual, si es consistente con lo observado, en ocasiones nos conduce a su contemplación. Ella puede despertar emociones sublimes y revoluciona los sentimientos, como invitándonos a repensar lo que antes nos parecía estable y seguro. La belleza nos hace dudar, nos enfrenta a reconocer que en esta vida hay mas de lo que aún puede sorprendernos. Por todo lo anterior, la belleza es una muestra de lo que es la vida en sus aspectos humanos mas gloriosos, una puerta abierta para nuestras ocultas esperanzas de poder sentir aquello que nos supera y pareciera no tener límites; esto es, la belleza es una invitación a descubrir en ella nuevas emociones y sentimientos, despierta los pensamientos y nos hace regresar a los momentos mas libres de nuestra breve existencia, a cuando nos parecía que podíamos detener el tiempo en juegos infantiles. La belleza tiene algo de inocencia y de culpa, de equilibrio y de armonía, de ruptura y de creación , de nuevo y de pasado, de tanto, que lo seguro es que nos muestra formas placenteras de integrar la realidad, causando agrado por variadas causas, las que veremos a continuación.

Por belleza podemos comprender a la percepción sensorial del equilibrio espacial que puede entregar la expresión de un justo balance entre el ritmo y la armonía de las formas. Apreciamos la belleza porque ofrece el placer de acercarnos a lo que aspiramos, nos muestra lo que nos hace apreciar un poco mas nuestra existencia. La belleza nos habla desde el presente, de aquella paz interior que añoramos sin haberla visto jamás, de esa aspiración de que todo se puede integrar, y que todo lo podremos superar. Nos invita a confiar y a creer que hay mas de lo que hasta ahora hemos visto, es como la presencia pasajera de un canto que nos ofrece la posibilidad de contemplar al silencio, que nos habla desde un instante, que es único. Ella es el silencio

que nos habla de apreciar aquello que está mas allá de lo que el ojo puede ver o el oído escuchar, sensación de infinito, de que si es posible ir más allá del límite de nuestros sentidos.

La belleza es un llamado de atención que nos hace el alma, cuando se siente tocada. Es la sensación agradecida de un contacto con otro ser, un logro tan grandioso que solo puede ser obtenido por medio de lo que ha sido creado. Porque crear es poner a la naturaleza en movimiento. Crear atiende a todo lo que nos rodea, como al ser que demanda por un encuentro: es la vida misma en una búsqueda de motivos para el encuentro; es la vida que nos invita a participar de la naturaleza ajena. Todo parece ocurrir en el instante, lo grandioso de la belleza es que se aprecia mejor cuando se muestra entre lo mas pequeño e insignificante, y no pocas veces, despreciado, porque nos sorprende gratamente ante lo inesperado. Posiblemente esto explique parte del infinito atractivo que la belleza de lo efímero ejerce sobre nosotros, siempre nos parece irresistible, aunque la veamos diluirse desde el mismo instante de su creación.

La belleza nos atrae como si nos recordara lo que no tiene tiempo, o lo que puede estar mas allá del tiempo. Como una propuesta nos ofrece algo tan maravilloso que, aún cuando no lo podamos identificar, en nuestro interior parecemos comprenderlo.

La belleza es una fuente de grandes contradicciones, esas que nos atraen y perturban. Es la invitación de una paz infinita que busca el alma, la nuestra, para que en lo creado podamos reconocer el valor del movimiento que nos parece un equilibrio eterno.

La belleza es la forma que nos atrae con su movimiento, liberándonos de lo cotidiano al recordarnos la existencia de lo excepcional. Nos demuestra que la paz nunca fue ni será estática, ya que nuestra naturaleza es de vida que es cambio.

La belleza despierta la facultad de sorprendernos, mientras observamos la parte nos hace creer que capturamos una maravilla aún mayor, al experimentar el instante que nos cambia.

La belleza natural no busca lo sofisticado o complejo, es tan sencilla como simple, prefiriendo las formas limpias que puede ofrecer una claridad al alcance del aprecio de todos.

Algunos señalan a la belleza como similar al arte y la consideran una invitación a descubrir interpretaciones libres, describiéndola como un fin en si misma. Sin embargo, esto parece contradecir el hecho de que la belleza no se oculta y acostumbra mostrarse desnuda para constituir algo de su esencia: una oferta para los sentidos. Y cuando ella se refiere al arte obtenido como resultado de una creación humana, justamente ocurre que es su abierta exposición la que permite mostrarse en sus atractivos que son propuestas dignas de aprecio, o estableciendo influencias por medio de las formas para su finalidad artística que actúa como un potente y efectivo medio de comunicación.

La belleza guía los sentimientos y las emociones, haciéndonos sentir por instantes nuevamente como niños. Ante su presencia nadie duda, nos dejamos conducir por ella hacia los pensamientos que tratan de alcanzar alguna visión de reencuentro, con esos momentos vividos que atesoramos como nuestros mejores sueños. Recuerdos de momentos en que nos logramos sentir mas plenos. Memorias que hasta hoy demuestran el infinito valor de lo que se niega a morir en nuestro interior, ya que son los instantes que nos permiten reconocer haber alcanzado el sentimiento eterno del mutuo aprecio. De este modo, hasta la presencia de una humilde belleza representa la fantástica oportunidad de sentir lo mismo, al advertir el poder infinito de compartir que todos llevamos dentro.

En consecuencia, una belleza que no pueda ser compartida será causa de mayor tristeza interior, prueba de lo cual es que, ante ella, nuestra soledad reaparece como la mas pesada de las cargas: la carencia de sentido. No es lo mismo compartir la efímera belleza de una vistosa puesta de sol en un horizonte que parece gritarnos, como buscando una breve y pasajera mirada nuestra, que verla en el silencio de quien se siente aislado por su soledad e impedido de expresar sus sentimientos mas modestos ante la ausente maravilla del poder compartirnos.

La belleza es una percepción interior, la sensación de un alma que ha sido tocada. Es la alegría por haber establecido un instante de contacto con nuestro ser interior, con lo que somos, con nuestros orígenes y con nuestro destino, lo que podemos ser. La belleza siempre materializa una profunda esperanza interior, la cual nos permite darnos cuenta de que es posible aspirar a mas. Nos invita a escuchar los sentimientos, como silencio que llama sin palabras, como intentando detenernos por momentos que nos acercan a lo que existe y que no siempre apreciamos, nos demuestra con su presencia lo que aún podemos permitir que exista.

La belleza, es el arte de crear un roce con lo eterno. Ella hace que la observación se haga participación, integrándonos a lo que clama por nuestra atención. Nos muestra lo posible, lo que podemos lograr si nos proponemos dedicarnos a ello, nos recuerda que saber apreciar es el inicio de aprender a convivir con una eternidad que nos habla de novedad.

La belleza no es un sentimiento, pero se inicia con el sentimiento que reconoce su grandeza, causando admiración y respeto. La belleza es una luz que ilumina el camino del tiempo que tenemos por delante, al permitirnos ver lo que nunca imaginamos. La belleza es el sentimiento de un alma satisfecha, llena de lo que admira y siente, es un encuentro con la serenidad interior que invita a detenerse para observar el momento y disfrutar lo que no siempre encontramos.

La belleza de la vida también puede ser la infinita capacidad transformadora del ser humano, no del pasado, si no de su futuro. Así, la belleza de vivir también es aprender a lidiar con lo que es muerte, para que sea el optimismo quien guíe nuestros pasos y no nos quedemos en el pasado de lo que pudo ser, sobrecargados por el significado de vivir arrastrando lo que en ocasiones pesa y hiera. Es admirable la belleza de quien no se queda detenido por la autocompasión y continúa su vida actuando en un presente que mira hacia un futuro con positivos sentimientos de confianza en sus esperanzas. Hablo de la admirable belleza de actuar para construir, para encontrar soluciones, para servir, para abrir nuevos caminos a quienes se sienten retenidos por la oscuridad de los recuerdos que son de muerte. La belleza de la vida es una luz cuya presencia nos despierta y amplía el horizonte, nos libera de las sombras de lo que nos empequeñece, como la comodidad causada por el bienestar y las costumbres.

La belleza de lo perfecto ¿y de lo imperfecto?

¿Qué es la perfección?

Se ha dicho tanto sobre ella, que a muchos les parece una virtud de alcanzable belleza o digna de una conducta meritoria. En la historia se la ha mostrado como si fuera la última meta, muestra de la virtud insuperable y el ejemplo del mas alto resultado al que podríamos aspirar, como un ejemplo de quien en su vida imita a lo divino.

La palabra perfección se refiere a la acción o efecto de dejar algo completamente hecho y acabado. Se la utiliza además para calificar la obra que ha sido concluida y, por lo tanto, encuéntrase libre de fallas, defectos, o de aquello que le es ajeno. Pero cuando hablamos de obras nos referimos a creaciones, por lo que esta calificación puede llegar a parecerse más una alegoría producto de la admiración y el entusiasmo ante la visión de lo que se ha logrado, que una observación objetiva. Vivimos dentro de una realidad limitada, ante hechos logrados por seres cuya condición de vida se desenvuelve entre incertidumbres y recursos siempre limitados, por lo cual pareciera que aspirar a la perfección podría ser una realidad subjetiva e inalcanzable para el ser humano, en quien su realidad y posibilidades son lo que determina lo objetivo. En consecuencia, lo realista para nosotros puede ser algo más mundano y diferente, donde lo máximo parece estar reducido a lo que si es posible lograr y alcanzar, lo cual es, el esfuerzo por intentar hacer o ser lo mejor posible.

Y aquí podemos observar un segundo error de la tesis que sustenta la meta de la perfección humana, donde el primero señalado anteriormente es promover una ilusión, me refiero a que plantear este hecho muestra un gran desprecio por la condición limitada del ser humano. Las carencias, las incertidumbres, y el vivir expuestos a limitaciones ante las cambiantes condiciones de vida que nos afectan, calificarlas de inferiores podría ser tan errado como calificar algo creado como insuperable o perfecto.

La perfección, para nosotros como personas es aspiracional, al ponerla como meta podríamos inducir a no pocas desilusiones y frustraciones estériles. Las grandes metas pueden ser loables, pero pueden caer en el riesgo de ser irreales, por lo que muchas veces lo más humano es fijar o permitirnos metas graduales, donde lograda una, pasemos a la otra, como caminantes que avanzan paso a paso hacia su destino.

Perfección y destino, son palabras que se sienten unidas, esto acontece porque ambas tendemos a utilizarlas refiriéndonos a un límite, a lo que una vez logrado nos hará estar frente lo que no ofrece nada superior. En consecuencia, ambas nos hacen sentir presenciar la imposibilidad del ser, la imposibilidad de vivir, de seguir creciendo, construyendo, mejorando, de servir, y, en consecuencia: de Amar. Y esto podría ser una gran contradicción, ya que ser imperfectos podría ser, en sí mismo, un resultado de la mayor obra de arte de la Creación: es aquí donde observamos la creación obras vivas que disponen de la facultad para autocrearse o autoconstruirse, en base a los medios que puedan ir utilizando atendiendo

su disponibilidad y libre voluntad. Ser imperfectos podría ser como caminar buscando encontrar y descubrir, planteando una realidad muchísimo mas compleja y dinámica, donde la mayor muestra de perfección es aprendiendo a Amar, creando las condiciones que permitan dar vida, lo cual ocurre dejando vivir y permitiendo a lo creado crecer en libertad, con las dificultades y riesgos que eso implica.

Una muestra de la mayor riqueza de la perfección, por lo tanto, ¿podría ser el no completar una obra? ¿Podría ser que lo no terminado demostrara una mayor perfección que lo que ha sido completado o terminado? Si puede existir algo que supera lo perfecto, debiera ser lo imperfecto, en el sentido del significado y los alcances del dejar completar: compartiendo lo creado. Permitir que otros completen la obra haciéndola suya, plantea un riesgo enorme. En materia teológica es compartir un hijo entregándolo para hacer posible que todos puedan ver y creer que la perfección puede ser superada, ante lo finito que ahora puede ser infinito, ante los límites ahora podrán por siempre ser superados. Este gran cambio, parece habernos transformado creando un orden nuevo, el que hoy nos permite desviar la vista hacia lo mas pequeño, donde se hizo posible crear lo que antes era imposible para nosotros. Ahora, toda la cración y su belleza están al alcance del ser humano, ya que ahora presenciar lo imperfecto es lo perfecto, porque representa una invitación, una oportunidad de participar y compartir la obra del Artista que espera por nuestras personales respuestas, Él es a quien nuestros errores no le preocupan ya que conoce del costo y dolor que implican el esfuerzo de crecer y superarse. El verdadero Artista no tiene prisa, ya que mas que un resultado aprecia ver cada proceso de Su obra, como vamos respondiendo, como construimos avanzando, como crecemos paso a paso, como rectificamos al levantarnos después de cada caída hasta llegar a reconocer que cada día si es posible ser mas felices.

La perfección quizás fue una meta, pero desde el mismo instante en que fue superada, dejó de serlo. Hoy carece de sentido y ni siquiera parece necesaria, ya que lo imposible es una ilusión innecesaria, cuando hoy, lo mas grande puede ser derrotado por lo mas pequeño; cuando las metas fueron cambiadas por las formas; cuando el destino fue cambiado por el tino; cuando vemos que ahora la mayor fuerza de la creación se concentra en el instante, como lo eterno en lo efímero, el todo en la parte, lo perfecto en lo imperfecto. Es como si el mismo Dios y sus medios, estuvieran con nosotros y a nuestro alcance, pero en lo mas cotidiano y simple, en lo mas pequeño, a la vista de todos los que le busquen. Es como si el Amor hubiera llegado para establecerse y quedarse, para decirnos que está aquí, con nosotros,

para nosotros y, que si lo aprovechamos, nada ya nos faltará. Ahora, ante tal belleza creada, el dolor puede ser transformado en consuelo, las carencias en oportunidades de compartir, las limitaciones en oportunidades de superación, las necesidades en ocasiones de participar, las restricciones en causas de crecimiento, lo efímero en eterno, las pérdidas en ganancias, la nada en todo, y hasta las faltas y errores podemos transformarlas en fuente de las mayores fortalezas. Gracias a la nueva realidad creada, nada es ya verdaderamente pérdida, porque nada se perderá si no lo permitimos. Pero ahora todo depende de todos, porque donde todo depende de cada persona la que es única, ella también depende de todos. Ahora, ser es el tiempo para dejar de ser, desprendiéndonos de lo que creemos ser, para que liberados de tan pesada carga podamos llegar a ser, en los demás. Y es de este modo que podremos reconocernos, no ya en la búsqueda de la propia perfección, si no que en el encuentro con las imperfecciones ajenas y las propias. Si esta tesis es correcta, parece mostrarnos como Dios es quien acude a nosotros y se hace presencia viva en cada uno de nosotros, con una humildad que no es digna del ser humano.

La utopía de buscar un mundo perfecto podría ser tan dañina como la de quien aspira tener una vida perfecta, aquella que aparenta llevarse diariamente sin grandes contratiempos y dificultades. La verdadera perfección parece ser la de quien aprende a apreciar lo que tiene y puede reconocer lo que debe agradecer. Quien sabe lo que tiene, se siente liberado y puede avanzar; quien no aprecia lo que tiene, está atado, se siente inmovilizado y retenido en el tiempo. Porque tener o poseer nunca fue tan importante como lo es apreciar la importancia de detenernos a observar, hasta darnos cuenta de lo que podemos hacer con lo que tenemos.

Lo imperfecto podría no ser una falla ni un defecto, tampoco ser un accidente y si obedecer a una Voluntad que desea dar a otros la oportunidad de participar y compartir. Las carencias, podrían entonces ser las mayores oportunidades de compartirnos y las que no hemos querido aceptar, pero sin las cuales esta vida que conocemos no sería posible. Luego, sin oportunidades no podríamos existir, así como sin participar compartiendo, el Amor no tendría cabida.

¿Será posible que estemos viviendo unas vidas que evitan y desprecian lo que fueron nuestras mayores oportunidades? Si la imperfección es el medio natural que nos permite participar del Amor, lo único perfecto, para nosotros, lo perfecto es buscar una perfección que nunca hallaremos, pero a la cual si podemos acercarnos, siempre. ¿Puede haber algo mas bello? Participando

creamos la condición que permite compartir una experiencia, aceptamos la invitación que nos plantea aquello que permite ser superado o mejorado, es creer en la belleza que nos ofrece la posibilidad del cambio infinito con sentido unificador.

La belleza de la vida también está en sus cambios y movimientos, no en aquello que es inerte o que no muestra signos de vida; está en observar y reconocer la capacidad creadora de quienes viven, lo cual se refleja en la humilde capacidad de superarse, paso a paso, eternamente. La belleza de la eternidad es que podemos definirla como la eterna belleza del instante que cambia, cuando le agregamos nuestra mejor capacidad creativa.

El ser humano parece estar destinado a buscar la belleza para extender sus oportunidades de crear, para ser finalmente conducido de forma inevitable hacia lo más simple y sorprendente, a lo que debe descubrir por sí mismo en las ilimitadas posibilidades que plantea el Amor.

Compartiendo la mayor belleza, la de crear

La belleza parece demostrar que siempre es posible sorprendernos ante la variedad que nos ofrece la vida. Ella despierta en nosotros un llamado interno para que el efímero instante se repita, nos produce una percepción de cercanía, y nos atrae lo que reconocemos no poder llegar a capturar; nos acerca a lo que nunca podremos dimensionar plenamente, y esto, que parece una verdadera contradicción, nos entrega una paz que fascina.

Pero si la mayor belleza que podemos alcanzar es la de crear, la mayor creación que podemos alcanzar es la que logramos al Amar. Aprender a reconocer el valor del Amor para nuestra vida es una tarea eterna, ya que únicamente por la Gracia del Amor podemos llegar a sentir que tocamos el infinito, al menos, por un efímero instante que intuimos será posible de repetir, tanto, como nuestra creatividad personal lo permita.

No me detendré sobre lo que es el Amor, pero hay un punto histórico que no quisiera dejar pasar porque muestra otro aspecto de los alcances de su infinito significado: me refiero al costo que ha sido pagado por el Amor que llevamos dentro, para que pueda estar a nuestra disposición en acuerdo a nuestra libre voluntad.

Si consideramos lo que nos dice la arqueología y la antropología respecto de las relaciones entre las diversas civilizaciones y sus dioses, podemos notar una gran diferencia entre las religiones, la mayor de las cuales radica en que antes de Cristo, todos los dioses y líderes mostraban o expresaban su poder para buscar la adhesión de sus súbditos. Es en Cristo, por primera vez en la historia, que vemos a un Dios actuando en sentido completamente opuesto, desprendiéndose de todo Su poder para demostrarle a la existencia que hay una alternativa que es superior al orden natural establecido por el poder, lo único reconocido hasta entonces, quien dispuesto está a morir para ofrecer una solución definitiva al asunto siempre latente de la convivencia en la diversidad. Es Cristo quien nos muestra como, aceptando con humildad lo que el Amor nos ofrece, es posible crear la fuerza necesaria que nos permitirá desprendernos de un poder para darlo a otro ser, quien puede necesitarlo mas. Es la esencia de la convivencia propuesta por el Amor, es no ya despertarnos ante nuestras propias ambiciones y necesidades, para aceptar las necesidades ajenas como propias. Es aquí, en la infinita humildad del Amor que llevamos en nuestro interior, cuando ponemos en movimiento a las mayores fuerzas de la creación; y no para demostrar un poder, si no su vacío, el mismo que luego permite ser rellenado por el Amor, dejando a todos los involucrados plenamente satisfechos. La belleza mecánica y la creatividad del Amor son insuperables, dignas de Dios. Hablamos de la mayor fuerza de la existencia puesta al alcance de todos, confiada a todos, para que pueda ser compartida por medio de las formas mas simples, bellas y diversas que nunca jamás imaginamos.

El Amor es mucho mas que un sentimiento o que la expresión de un afecto, es presencia viva de la mayor belleza creativa que será posible compartir, al hacernos partícipes de lo mas grande de la existencia. Para comprenderlo mejor, observemos un poco de su estructura, ya que esta actúa interdimensionalmente; lo que significa que es posible observarla en todo lo que se le relacione. El Amor concurre ante la convergencia de tres actores: quien acepta darlo, quien acepta recibirlo, y quien lo hace presencia. Parece abarcarlo todo y todos se sienten beneficiados, complacidos, o mejor dicho, agradecidos.

El Amor es la luz del mundo que nos rodea, el inicio y fin de todo, la esperanza de lo que hacemos y seremos. El Amor no es una creación personal o individual, siempre en él podremos observar una belleza infinita que es comunitaria. Esto ocurre a imagen y semejanza de Su origen, la Trinidad del Amor, la presencia que logra integrarlo todo y a todos, buscando siempre unir lo que ha sido separado. Por eso, podemos decir que todo Amor es

inicio, lo primero de una creación que no tiene límites ya que son hechos que parecen proyectarse al extenderse progresivamente hacia la eternidad. Podemos decir que es Gracia, la luz que enciende la inteligencia y dispone a las personas hacia el Amor. Finalmente, podemos decir que es Palabra, la luz que ilumina la voluntad y nos ayuda a caminar en la oscuridad sostenidos por la Fe. Así es como tres son uno en el Amor, actuando como uno en la existencia, para favorecer el caminar de sus hijos e hijas hacia el destino más prometedor para todos los que lo reconocen; y al aceptarlo, nos mantiene en comunión con todo lo creado. Es en Dios en quien podemos llegar a ser uno en la comunión salvadora del Amor, según lo cual, al Amor realmente es posible definirlo en la vida cotidiana como: Dios entre nosotros. Y es personal, porque denota Su presencia con nosotros y por nosotros.

El Amor es lo que mejor permite acercarnos a la realidad de la existencia presente y futura, es la muestra permanente y eterna de una belleza que es infinita, la que podemos hacer visible y tangible, al actuar creativamente con sentido de comunidad por sobre el de individualidad. La mayor belleza de crear, es la de Amar.

Nota: Sobre el Amor es posible encontrar abundantes escritos y explicaciones en los libros *Los pilares de la felicidad*, *Tu vida en un instante* y otros; como en variados ensayos o apuntes al alcance de quien busque respuestas sobre su significado. Debo señalar que todas mis publicaciones buscaron ajustarse a lo señalado por la doctrina que une y sostiene a la comunidad de la Iglesia Católica, de la que formo parte. En consecuencia, lo postulado debiera ser univesal y propio de nuestra naturaleza humana, común a todas las personas, sin excepción alguna.